

CAPÍTULO IV

DE VARIAS ESPECIES DE SERMONES MORALES

I

Del sermón de Cuaresma.

Todo lo que se ha dicho del sermón moral puede aplicarse á los de Cuaresma; pero tienen éstos sobre aquéllos una circunstancia especial, tomada del tiempo en que se pronuncian.

La liturgia consigna en cada época del año eclesiástico el carácter que deben tomar las instrucciones que se dirigen á los fieles.

Si esto se deja ver en todos los tiempos del año, se marca de una manera especial en el de Cuaresma. En este tiempo llama la Iglesia á los sacerdotes, como dice Audizio (1), á desviar las almas del amor del siglo, á arrojar de ellas el pecado, á fin de que les sea saludable la medicina del ayuno, á hacer que la caridad cristiana sea compañera de las mortificaciones del cuerpo, á mover con estos principios de virtudes los corazones de los cristianos y á hacer que pongan en Dios sus esperanzas; tales son los fines á que por institución eclesiástica se dirige la Cuaresma. «Abrid el misal y el brevario, añade el mismo autor; á un lado está la muerte y al otro la resurrección, la humanidad con todos sus des-

(1) Obra cit.

tinios: morir en Jesús en la carne, para resucitar con él en el espíritu... Postraos entre el coro y el altar, y llenos de aquella virtud divina que mana de los santos tabernáculos, conducid vuestros oyentes por esos caminos de misterios y de moral, de ilustraciones, de protestas y afectos con que la Iglesia quiso unir aquellos dos puntos extremos; meditaed cuanto en aquel tiempo se lee en la liturgia; buscad en las Sagradas Escrituras los lugares enteros de donde están tomadas aquellas breves sentencias que se leen en el misal y el brevario; explanadlas con el genio de la religión y de la elocuencia; disponed aquellas líneas en un sistema, del cual sea la parte teórica la fe cristiana, y la moral la parte práctica; alternad los argumentos que os ofrezcan las epístolas y los evangelios con las consideraciones que os inspire la meditación sobre las cenizas ó sobre la disolución de los cuerpos, sobre la resurrección y sobre los novísimos; dad por medio de la lógica unidad y fuerza á esas distintas partes; robustecedlas con la erudición, adornadlas por medio de la elocuencia, procurad, en fin, que el espíritu de la piedad y de la religión que tan solemnes hace aquellos días, derrame en vuestros discursos su calor y su vida, y ornará vuestras frentes la aureola con que ciñe la Iglesia la de sus grandes oradores...»

«Cuando el auditorio, dice San Alfonso María de Liguorio, se compone de literatos y de idiotas, todos los sermones cuaresmales deben ser sencillos y populares, si se quiere obtener fruto, no de palabras, sino de hechos, de modo que de resultas de los mismos vayan los oyentes á confesarse.»

Si la predicación quadragesimal reúne las condiciones que dejamos apuntadas, no dudamos que será grande el fruto que de ella saquen los fieles.

III

Del sermón de Adviento.

La liturgia del Adviento imprime á los sermones de este tiempo un sello que el orador sagrado no debe violentar.

Léase el misal, medítese ese venerable libro que abraza todos los altos misterios de la Religión y las más escogidas y robustas sentencias de los dos Testamentos, y búsquese cuál es el espíritu que reina en el rezo de la Iglesia en los días que preceden al del nacimiento del Verbo hecho carne.

En la *primera dominica* del Adviento se percibe como el suspiro de un alma que siente el peso de sus cadenas y fija sus ojos y su confianza en el que viene á libertarla, como lo revelan las primeras palabras del *Introito* de la Misa. Mas, ¿quién es este libertador que ya se deja entrever para la salud del hombre? Es un Dios que viene, no sólo á salvar, sino á coronar de gloria y á colmar de alegría á sus criaturas. Y de ahí la gloria y el consuelo que resultan de tener á todo un Dios por libertador, que es el pensamiento que domina en la *dominica segunda*. A semejante consideración, el alma se abre y se derrama en una alegría celestial, y sus primeros acentos no pueden menos de ser, como lo indica el *Introito* de la *tercera dominica*, sino los del agradecimiento y de la plegaria á su generosísimo Redentor. Esta plegaria será más ardiente al acercarse con la *cuarta dominica*, el día de la redención y el alma, tomando en ella el lenguaje de los afectos, pedirá á las nubes que lluevan y á la tierra que abra su seno, para que, como flor de la primera, salga de él el libertador: *Rorate coeli desuper et nubes pluant justum, ape-*

riatur terra et germinet salvatorem (1). Y henos aquí llegados, como por cuatro grados, á la festividad del Nacimiento del Señor.

El orador no debe limitarse, al preparar su sermón, á meditar sobre un punto de la misa, sino que debe hacerlo sobre toda, á fin de conocer mejor el espíritu de piedad que en ella reina y que la Iglesia quiere que se insinúe en el corazón de los fieles. También haría muy bien en añadir al estudio de la misa el de los salmos, las antifonas, los himnos y las demás oraciones del breviario, pues además de adquirir y reunir mayor copia de luces y de materiales, le sería más fácil penetrarse del espíritu de la Iglesia y encender en su alma los afectos á él correspondientes.

Creemos excusado advertir que debe el orador dilatar y robustecer el pensamiento generador de la liturgia y los que forman como su aureola con textos análogos de las Escrituras y de los SS. Padres, con la razón, la historia y demás medios que contribuyen á la formación de un buen discurso oratorio y de que hemos hablado suficientemente en otro lugar.

Igual procedimiento podrá observarse al componer un sermón sobre cualquiera dominica del año; y en la composición de las homilias podrá también tenerse en cuenta el espíritu de la Iglesia en sus festividades.

III

Del sermón de misión.

Los *sermones de misión*, sin dejar de ser morales, tienen, sin embargo, algunos caracteres que les son peculiares y forman su fisonomía propia.

(1) Isai., 45.

Los sermones de misión no deben tener por objeto verdades aisladas, sino un sistema completo de las grandes verdades de la religión, para que, sosteniéndose unas con otras y prestándose fuerza mutuamente, todas estas instrucciones, dirigidas hacia un mismo fin, compongan como un cuerpo de ejército bien ordenado y bien dispuesto para dar el asalto al pecador y vencer la resistencia de las pasiones.

Lo más común es comenzar por exponer la necesidad de la misión y el modo de aprovecharla; en seguida se trata del fin del hombre, de la importancia de la salvación, del pecado, de su malicia y efectos, de las cuatro postrimerías, de las disposiciones para la confesión, á saber: el examen, la contrición, el firme propósito, la integridad de la confesión y la infundada vergüenza, la confesión general, el huir de las ocasiones y la demora de la conversión; pasando de aquí á las virtudes y vicios, se trata del amor de Dios, de la caridad con el prójimo, del amor de los enemigos, del perdón de las injurias, de la restitución, de la paciencia en los trabajos, y después de los vicios más comunes en la fe- ligresía, como el juramento, la embriaguez...

En seguida se trata de los medios para mantenerse en la piedad, que son la oración, la frecuencia de los Sacramentos y la devoción á la Santísima Virgen: en fin, se exponen los peligros y el crimen de la recaída, los medios de evitarla ó de repararla y se concluye por recomendar la perseverancia.

En cuanto á la manera de tratar estas verdades, es preciso haberlas meditado y estar sumamente penetrados de ellas, hablar un lenguaje que todos puedan comprender bien, ser sólido en las pruebas y razones, fuerte y vehemente en los impulsos. El género patético sienta bien en todos los discursos de misión; las grandes imágenes, las figuras de efecto, como la suposición, el apóstrofe, la interrogación en que uno se contesta á sí

mismo; en una palabra, todo lo que puede despertar la atención, herir la fantasía y mover los afectos, halla su sitio en este género de discursos.

También se puede ser sencillo, lleno de naturalidad y menos esmerado en el estilo; porque á un misionero se le disimulan muchas negligencias en la expresión, á causa de su celo y de sus grandes trabajos.

IV

Del sermón de rogativa.

Se da el nombre de *sermón de rogativa* al que tiene por objeto implorar la misericordia del Señor en las grandes necesidades públicas.

En las desgracias que con harta frecuencia afligen á la sociedad, la Iglesia tiene establecida su liturgia, y la celebración de actos religiosos, como procesiones, misas, triduos ó novenarios á la Santísima Virgen ó á algún santo de particular devoción, prescribiendo á los fieles la práctica de alguno de estos actos religiosos.

Las rogativas ofrecen ocasión oportuna para anunciar la palabra divina y sacar de ella frutos saludables de humildad, de arrepentimiento, de penitencia y otras virtudes.

La materia de esta clase de sermones será descubrir ó poner de manifiesto las causas que hayan podido motivar el castigo de parte de Dios; lo mucho que á éste ofende cierta clase de pecados, el abuso que se hace de sus bondades y desprecio de sus gracias, la infracción de sus preceptos, la violación de las leyes de la Iglesia, los escándalos públicos... y cómo todo esto va preparando los rigores de la justicia del Señor, que así como sobre los individuos, se deja sentir también sobre los pueblos, proponiéndose en ello su infinita sabiduría,

que todo lo ordena á nuestro bien, un fin santo, cual es separarnos del camino del pecado y de la culpa, haciéndonos entrar en el de la virtud y su gracia por la fuerza del castigo, cuando han sido menospreciados los llamamientos de su misericordia.

El *exordio* en los sermones de rogativa parece natural que sea vehemente; la *peroración* debe serlo en todo caso, pues en ella es necesario excitar con eficacia á los fieles al verdadero arrepentimiento de las culpas, á la detestación del pecado, á la práctica de la virtud y obras buenas como medio de conseguir el verdadero consuelo. Con todo, el predicador no debe proponerse aterrizar más de lo necesario, para apartar á los pecadores de sus vicios; y no ha de olvidarse de ofrecer á éstos la idea consoladora de que Dios es un Padre lleno de amor y bondad que no quiere el mal y menos la muerte de sus hijos, sino su enmienda y conversión.

Como el filosofismo incrédulo y la impiedad pretenden enseñar que todas las calamidades son únicamente obra de la naturaleza y resultado de la combinación de causas de la misma, bueno será que el predicador salga al encuentro de tales absurdos refutándolos de una manera convincente y ofreciendo en contra de ellos las pruebas que suministran la fe y la razón. En los Libros Santos hallará materia abundante al efecto, así como pensamientos sublimes, expresiones y palabras eficaces con que instruir á los fieles é inspirarles afecto de compunción.

En el *Exodo*, *Deuteronomio*, *Jueces*, *Reyes*, *Judit*, *Es-ter* y en los de los *Macabeos* se habla de peste, hambre, esterilidad, guerras y otras calamidades públicas. Los Profetas, y entre ellos Isaías y Jeremías más particularmente, levantan tanto sus ideas en esta materia, usan de figuras tan sublimes, de imágenes tan vivas y de frases tan elocuentes para dar á conocer la grandeza inefable de Dios, su poder infinito y su justicia

sobre los pecadores, que su lectura, no sólo se recomienda, sino que se hace necesaria al predicador para anunciar dignamente la palabra en ocasiones de pública calamidad. Entre los SS. Padres pocos habrá que no hayan tratado este punto interesante de la religión. Pero los que más se han señalado, y como que se han excedido en la abundancia y alteza de la doctrina, sublimidad de pensamientos, elocuencia y belleza de estilo, ternura y unción en las palabras, son: San Cipriano, San Basilio y San Juan Crisóstomo.

También entre los escritores modernos son pocos los que han tratado materias predicables que no se ocupen de las *rogativas*.

Además de los discursos de que hemos hablado, hay algunos otros, como *los de dedicación y restauración de un templo, inauguración de una vía férrea*, etc., de que puede ocurrir predicar alguna vez; en cuyo caso el buen juicio y la prudencia del orador le dictará la manera más conveniente de tratar esos asuntos. No dejaremos, sin embargo, de advertirle que si el asunto es religioso, debe poner de manifiesto el carácter de la festividad; y si el motivo fuese profano, ha de dar un giro al discurso que ni desdiga del ministerio sacerdotal, ni defraude las esperanzas del auditorio.

V

Síopsis del sermón del P. Granada sobre las calamidades comunes.

Texto.—*Tantummodo vos cognovi ex omnibus cognationibus terrae: idcirco visitabo super vos iniquitates vestras.* (Amós, cap. III.)

Exordio.—Se lamenta el orador de la ceguedad de los hombres que no quieren atribuir á Dios las calami-

dades que envía sobre los pueblos, sino á la naturaleza ó á la casualidad; esta ceguedad hace incurables nuestros males y enciende más la indignación del Señor, que de los pecadores se queja amargamente por los profetas. Para desvanecer estas preocupaciones, el orador se propone demostrar que :

Proposición.—Los males públicos son obra de la Providencia, que venga las maldades de los pueblos para corrección y salud de ellos.

Por vía de *Introducción* prueba la acción universal de la Providencia con el testimonio de Isaías: «*Yo soy el Señor que formo la luz y crío las tinieblas, que hace el mal y cria la paz; yo soy el Señor que cria todas estas cosas* (cap. XLV)», y con el de muchos profetas y el de San Lucas, (cap. XII); y de los filósofos gentiles cita á Plutarco, como partidario de esta creencia. Reprende á los pecadores que no ven en las calamidades la mano de Dios con las palabras de Jeremías (Thren., III).

PRIMERA PARTE

«El Señor, en las plagas que nos envía, unas veces se muestra juez severo y otras padre clemente. Prueba el *primer miembro* de esta proposición con las palabras de Jeremías (cap. xxx): los desordenes cometidos en la destrucción de Jerusalén, efecto de la severa justicia de Dios; corroborando el argumento con los *ejemplos* de Antíoco y los dos Herodes, que sufrieron los rigores de la justicia divina.—Presenta después, en confirmación del *segundo miembro*, muchos *testimonios de los Libros Santos*, en que Dios se muestra padre lleno de clemencia, que castiga á sus hijos para que se enmienden. Por *digresión* explica la disposición de ánimo con que hemos de recibir los castigos con el ejemplo de Judith,

que recibía como venidos de Dios los castigos que sufría su pueblo. Arguyendo *a contrario*, dice que es una prueba de la indignación de Dios perdonar á los obstinados en la maldad, lo que prueba con el testimonio de Oseas (cap. IV), y con el del Salmista: *Irritará al Señor el pecador: no lo buscará según la multitud de su ira*; esto es, dejará el castigo para el siglo futuro. De lo cual deduce que son un gran beneficio los castigos que Dios envía en esta vida, y una gran desgracia no tener aquí por qué sufrir.

SEGUNDA PARTE

«Las calamidades que comprenden á todos en común, las envía Dios por los pecados de los hombres.» Presenta en estos términos esta proposición, porque las calamidades particulares las envía Dios algunas veces para probar la paciencia de los justos, como sucedió á Job y Tobías. Demuestra la proposición con el *testimonio* de Moisés (Deut., 2), en que Dios aparece premiado de buenos y castigador de los malos. *Enumera* las calamidades públicas, y deduce que se debieron á los pecados. Lo que confirma con el *ejemplo* del diluvio y con las palabras del profeta Oseas (cap. IV., vers. 1, 2, 3), donde el Señor amenaza con los castigos á causa de las iniquidades de los hombres. Corrobora su argumento con la autoridad de Jeremías (cap. XXII y cap. XIV), y, por fin, con el hecho de Elías, que pidió á Dios que no lloviese, por las maldades de Israel.

TERCERA PARTE

Como consecuencia de lo antedicho, prueba en esta parte que el remedio para apartar de nosotros los cas-

tigos es la penitencia sincera. No son, dice, suficientes las rogativas y demás actos del culto para aplacar á Dios; lo que prueba con *textos* del profeta Jeremías, y con las palabras del Salmo (65): *Si vió la iniquidad en mi corazón, no oirá el Señor*; lo cual confirma con las sentencias de Isaías (cap. I), Job (cap. xxvii) y Jeremías (cap. ii). Muestra con el *ejemplo* de los ninivitas que la penitencia únicamente aplaca al Señor. Enumera los vicios que invaden al pueblo, y dice que en vano se pedirá que cesen los castigos mientras no cesen los pecados. Para más obligar á la enmienda de la mala vida, sienta que es señal de reprobación no aprovechar nada con los castigos que Dios envía. Lo cual prueba con la *parábola* de la viña (Math., cap. vii), con el *ejemplo* de los labradores que abandonan las tierras estériles y el de los médicos que desahucian á los enfermos incurables, dándoles lo que les apetezca. Confirma su aserto con las palabras del Salmista (Salmo lxxx) y del profeta Zacarías (cap. ix). Corrobora el argumento con las terribles palabras de Jeremías (cap. vi), Ezequiel (capítulo xxiv) y Jeremías (ci). Pide al Señor que no se puedan decir de ellos aquellas palabras de desesperación: *Disipáronse y no se compungieron* (Ps. xxxiv).

Peroración.—Los judíos hijos de la ley, dice, á pesar de ser tan rebeldes, cuando Dios los castigaba volvían á él, ¿y nosotros, hijos de la gracia, habremos de seguir en la maldad? Pinta vivamente los males presentes y los que son de esperar del gran turco á quien llama nuevo Nabucodonosor, y en vista de tanto mal excita vivamente á levantar los ojos al cielo y convertirse, toda vez que hasta los mismos gentiles han creído que los castigos eran enviados del cielo: como se ve en el proceder de los marineros con Jonás y de los bárbaros de Malta con San Pablo picado de la víbora. Pide, finalmente, á sus oyentes que hagan verdadera penitencia, que es el único remedio á tantos males, como lo dice el

Señor por Jeremías (Tren, cap. iii): *Si aquella gente hiciere penitencia de su mal y pecados, yo también la haré sobre lo malo que pensé hacerles.*

Cuadro analítico de los géneros de elocuencia.

Géneros de elocuencia.	Didascálico.	Fin.....	Probar la doctrina católica sin dejar de agradar y de mover.
		Especies.	Catecismo, plática doctrinal, sermón dogmático, sermón sobre misterios y conferencias.
		Método...	(Sintético ó demostrativo sin atacar personalmente al adversario.
		Estilo...	Claro, correcto y elegante.
	Panegirico..	Fin.....	Glorificar á Dios en sus santos para mover á los hombres á honrarlos é imitar sus virtudes.
		Especies.	Elogios de los santos, oración fúnebre, de profesión religiosa, misa nueva, sermón eucarístico y gratulatorio, etcétera.
		Orden. . .	Natural y artificial.
		Formas. .	Moral y laudatoria.
	Exhortativo.	Estilo...	Periódico y sublime, aunque también podrá ser sencillo.
		Fin.....	Mover á los hombres á la práctica de la virtud sin dejar de instruir y agradar.
Especies.		Sermón moral, homilía, sermón de rogativa, de misión, de tiempo, de cuaresma, de adviento.	
Método. .		Especulativo y práctico, dando la preferencia al segundo.	
	Estilo...	Vigoroso, cortado, grave y patético.	